EL AMOR NO DUELE

Sobre Carmen Herrera y Magno Espinoza

Dana Hart

Fotografía de la hija de Carmen Herrera y Magno Espinoza, y antecedentes, recuperados por Manuel Lagos Mieres

EL AMOR NO DUELE

SOBRE CARMEN HERRERA Y MAGNO ESPINOZA

Por Dana Hart

Pasó una estrella fugaz, pero yo estaba tan satisfecha, tan dichosa, que olvidé pedirle un deseo. Éramos un grupo de siete u ocho personas. La luz de la escasa luna reflejaba nuestros cuerpos sin ropa, corriendo por el cerro, como si en serio fuésemos libres. Una libertad de a ratos. Íbamos uno atrás del otro, haciendo una fila, para poder subir por la ladera y no caernos. Agarrados a ramas, piedras, pinchándonos las plantas de las pies y riendo a carcajadas. Nunca me había reído tanto. Sobre todo cuando Magno empezó a aullar como un lobo,

pensando, quizás, que lo era, sintiendo la brisa e inflando el pecho en dirección al cielo.

Creíamos que teníamos el mundo por delante. Que podíamos cambiarlo todo, todavía lo creemos. Pero en ese momento éramos un poco más jóvenes, más ingenuos. No estábamos hechos de cárceles, como ahora.

Alejandro Escobar y Carvallo siempre estaba serio, ubicado como un médico, en contra de comer carne, con su propio recetario para una vida naturista, sin manteca, mantequilla, pan con levadura que fermentara y se pudriera en el estómago o animales muertos. Inclusive ese día, estaba serio. Subía la ladera y miraba las estrellas, decía algunas ideas sobre lo infinito y miraba hacia arriba. Mirábamos hacia arriba. Queríamos soltar las cadenas que nos sujetaban, como una humanidad, a la tiranía de la opresión. Todavía lo queremos. Nadie se miraba morbosamente. Nuestros cuerpos, eran eso, cuerpos, desnudos, naturaleza. Encontrábamos

nuestra naturaleza ahí, en los pubis velludos, descubiertos, libres de la sujeción de los elásticos que yo misma uno a la tela. Con las marcas de las cicatrices que nos había hecho la vida.

Debemos haber tenido unos veinte años, en 1896, porque Magno y yo ya estábamos casados. ¡Casados! Pero no como se casa la gente. Nos casamos porque en ese tiempo era la única manera que encontré de salir de la casa de mis padres, donde no la pasaba nada bien. No puedo decir que él me rescató, pensamos en comunión un plan y lo ejecutamos de tal manera, con tanta perfección, que al cabo de unos meses, ya estaba fuera de las palizas que me daba mi padre. Decían que era normal, que sucedía en cualquier familia. Todavía tengo marcas de esa normalidad.

Éramos marido y mujer. Los maridos son posesivos y controladores, pero ahí estaba yo, corriendo desnuda por el cerro, riendo a carcajadas, quebrándome al medio de la felicidad. Poniéndome

a aullar como un lobito, solo por seguir la corriente. Y si otro hombre me penetraba, justo frente a sus ojos abiertos, no se le fruncía el ceño ni se le arrugaba el temple. Me amaba, sin poseerme. No había una cadena que me sujetara a él por el vientre, ni esposas, ni mordazas. En realidad, nos habíamos casado con el colectivo.

Nuestro amor, lo que dábamos, el deseo, estaba atravesado por la colectividad, se fusionaba, en los objetivos. Nuestro deseo, se estrechaba, con la necesidad de justicia social. Estábamos en comunión, en la medida en la que ese objetivo lo estaba. Follábamos con el fin histórico, con la Idea. Y la Idea nos follaba. Se convertía en un único plan, indistinto, que no podíamos separar ni dividir. Magno era. Yo era. Alejandro era. Las mujeres que allí estaban eran. Los hombres que estaban eran. Éramos una colectividad en lucha. El amor que nos unía era eso. La clase que tiene en sus manos el poder de hacer ascender la sociedad a un nuevo

estadio del desarrollo, donde no haya opresiones ni violencias.

Me gustaba amarlo así. Envuelto en la multitud. Así lo amaba más. Combinado con mis objetivos. Porque dicen que las mujeres no queremos otra cosa que un hogar, una cocina limpia e hijos cuyos mocos sacar. A mi una casa no me alcanzó nunca. Yo quería todas las casas, pero no para tenerlas, sino para liberarlas del dolor. Para abrirlas a la comunidad y compartir las cocinas, los lavados, los platos rotos. Me hace reír, pensarme, sentada sola en una silla, esperando que llegue el marido del trabajo y los hijos o las hijas de la escuela, en un vestido con flores, con las plantas ya regadas y la comida hecha. Me hace reír, porque siento que buscaría una escopeta, y saldría a montar a caballo, disparando a policías que me busquen por furtiva.

La libertad es la necesidad de destruir el orden impuesto. Y yo la sentía como un ave, igual que un

zorzal que no deja que le encierren y levanta vuelo, más allá de la mano posible del hombre.

No me hizo nunca sufrir. No hubo escenas de celos, ni situaciones en donde yo creyera que él me estaba queriendo menos. Incluso habiendo tantos otros cuerpos en desnudes, él me veía por adentro. Me quería, en el colectivo, no para su vida privada, para servirle a él. Entendía que mis tareas también eran históricas y sociales. No me dijo nunca que iba a hacer la revolución y volvía en diez años, como hacían otros. Ni hizo que sintiera que lo detenía o pesaba. Agarrábamos nuestras cosas, con o sin bebés en los brazos, y nos íbamos adonde hubiera revuelta. La causa era nuestro hogar. Sí nos parecíamos un poco a los lobos, actuando en manada, siempre al filo de la desnudez, queriendo recuperar nuestra propia naturaleza.

Por esos días, andábamos con una obra que leíamos al detalle. Nos la pasábamos de mano en mano, hasta que quedaba manoseada. Era una obra

original, un borrador, que Magno había conseguido con sus contactos transandinos, escrito por la mismísima Alejandra Kollontai, que después se hizo mucho más popular allá en Rusia. Estaba traducido, no se por quién. Escrito en letras de máquina, con una gran cantidad de errores y borrones. Pero se leía bien. Nos parecían ideas, que se entremezclaban con las nuestras de una manera óptima.

Ella, escribía sobre el lugar que le correspondía al amor en la lucha de clases. Todavía no se había hecho ninguna revolución en la tierra de los zares, cuando planteaba que el amor no es un problema privado, individual, correspondiente a dos corazones aislados, sino una fuerza social, poderosísima. Decía que antes, en el mundo antiguo, el amor estaba ligado a la amistad, a nivel de valores, luego en el mundo feudal, el amor se ligó a lo caballeresco, desligado del matrimonio, hasta que la clase burguesa combinó el amor como fundamento del matrimonio, dejando atrás las relaciones de nobleza,

en la perspectiva de guardar la nueva acumulación de capital emergente.

La burguesía ligó el amor al matrimonio, lo inventó para volver a las mujeres parte de su propiedad. Así como cercó terrenos y domesticó vacas, capturó, violó y encerró a mujeres, para volverlas esclavas sin jornal.

¿Cuál es el ideal de amor, de la clase social que lucha por la emancipación de la humanidad? Nos preguntábamos leyendo esos papeles con borrones. No es la poligamia, sin amor, decía ella, el sexo a secas, como si las personas fuésemos objetos de consumo. No es tampoco, el derecho a poseer, absorbente, del matrimonio burgués. Y escribía que el ideal de amor de la clase trabajadora pasa por la multiplicidad de inteligencias, crear lazos, eros con alas desplegadas, forjar el amor camaradería, que es el amor necesario para la nueva sociedad, para que desaparezcan las desigualdades. Crear uniones felices, eran las palabras finales. Uniones felices.

Que sirvieran a la colectividad y fueran transformadores.

Todo para la colectividad y no todo para un solo hombre. Liberado el eros, con sus alas abiertas, lejos de las cadenas de la moral burguesa. Es el amor común, sentido por la causa amada, lo que une. El mero factor fisiológico, superado por la camaradería.

La importancia de esta discusión, es que pertenece a la clase trabajadora la solución de los problemas del amor, que han estado generando las más profundas tristezas y dolores, a miles de personas a lo largo de la historia. Sobre todo a mujeres, infelices, realizando los cuidados, trabajando telas, cueros, lanas, velas, siendo aprovechadas por el capitalismo para crear valor. El amor, problema maldito, que arroja a las mujeres a las tinieblas espirituales, decía Kollontai, en un contexto grotesco, repleto de individualistas contemporáneos.

Nuestra lucha, tanto ayer, como hoy, va en dirección de colectivizar las cocinas, las tareas como el lavado

de la ropa, las crianzas, sin perder los vínculos, los lazos emocionales que nos unen, sino al contrario, liberándolos de las opresiones cotidianas. La mujer ya no dependerá del hombre.

La libertad. Como la que sentíamos aullando como lobos. Estrechando vínculos de confianza y compañerismo. No basta con el amor propio. No basta con amarse con mucha fuerza a una misma. Se necesita también una comunidad, sana, alrededor. Estamos en un contexto capitalista, en cuyo único caso, la comunidad sana, es la que lucha y se organiza. Somos seres sociales, venidos al mundo para relacionarnos con el mundo, combativa o adaptativamente.

No era fácil traducir las palabras a la práctica, personal y política. Había ocasiones en las que se daban largas discusiones, más de uno tenía una salida machista y el mismo grupo le discutía en profundidad, durante horas. No siempre daba buenos resultados. El mismo Magno, muchas veces,

usaba palabras, términos, decía o hacía cosas, pequeñas, o grandes, y era el colectivo quien lo corregía. Yo, trataba de que no fuera mi papel. Mi papel era otro, era ser parte de la obra, no corregir los libretos, por decirlo metafóricamente. Pero los ajustes los iba dando el colectivo.

Nada era absolutamente perfecto. Ni el mundo ideal. Ninguno era el hombre nuevo, ni éramos mujeres nuevas nosotros tampoco. Pero nos acompañábamos, sin invadir. Éramos un colectivo y sin embargo, no nos disolvíamos en él. Nuestro vínculo se distinguía como un eslabón de acero. No necesitábamos prohibir, ni celar, ni dominar. Estaba allí, ante la percepción de cualquiera. Unido por el Ideal. Superior a cualquier otra fuerza del Universo.

No muy parecido a esperar en una silla, encerrada, a que lleguen los niños de la escuela y un marido, pasado a alcohol. No muy parecido a las ganas de salir cargando una escopeta, mientras me persigue la policía por esposa furtiva.

Había otro tipo de ideas en el aire. Ideas que decían que la liberación de los cuerpos, el sexo, estaba asociada al alcohol, a la lujuria, a los excesos desenfrenados, que la actitud correcta de quien fuera revolucionario, era guardar la energía sexual para la lucha. Pero al amarnos, nos volvíamos más combativos aún. Deseábamos tanto más, romper el status quo. Lejos de ser una fuerza conservadora, la sexualidad nos daba alas. Revitalizaba las ganas, nos impulsaba hacia adelante, como la propia fuerza irrefrenable de la insurrección.

Tomamos la decisión de amar. Decidimos y forjamos, no como seres inconscientes que no pueden elegir de quién enamorarse y deben sufrir por ende, todo tipo de tragedias. Decidimos. Elegimos. Fijamos nuestro deseo, como la puntería. Ningún Cupido nos agarró a flechazos, sin dejarnos procesar o pensar. El placer del cuerpo, tomó la decisión, enumerando los orgasmos.

Es paradójico, que me gustara tanto la desnudez, siendo modista. Mi ocupación, es, precisamente, vestir a la gente. Hacerles lucir lo más elegante posible, puntada tras puntada.

Otra cosa que nos gustaba, era subirnos a los árboles para leer, colgando de una rama. Nos leíamos en voz alta, sintiendo el placer de escuchar la voz de la persona amada, emitiendo sonidos combativos. Me alimentaba de esas lecturas y aprendía a escuchar, a detectar lo importante y distinguirlo de lo secundario. Puedo ver, mis propios pies, colgando de una rama, en mi memoria, tan nítidamente, como oír su voz, vibrante y apasionada.

Y había una ruka escondida, donde íbamos a hacer el amor, rodeados de verde, soñando que nuestras manos, demolían la injusticia.

Pero no todo era estar en contacto con la naturaleza, también nos gustaba la vida intelectual, que suele hacerse en las ciudades. Había un café, "Los Inmortales", parecido al de Buenos Aires, al que

íbamos a intercambiar, discutir, hablar durante horas. Nadie se aburría, a nadie le cansaba debatir sobre los problemas de la revolución, que en ese tiempo, todavía, no se convertían en una realidad, como sucedería más tarde.

A mi, personalmente, lo que más me gustaba de esas juntas, era convencer. No para hacer proselitismo, que lo detesto. Convencer para una idea, abrir puertas nuevas a las mentes atormentadas por una realidad que borra pasados contestatarios. Una vez, logré que un grupo de diez o doce mujeres, terminara decretando que la insurrección comenzaría de inmediato. Me emocionaba de pensar que había cambiado una mentalidad, o que al menos, había logrado repletarla de nuevas ideas. Intentaba hacerles girar de opinión, sin faltas de respeto, ni levantar la voz, sin chocar, solo por la fuerza gravitante de las propias ideas, de su grandeza magnánima, imposible de contener. A veces, las personas solo necesitan que se les dejen cosas sobre la mesa. Cosa que no son materiales.

Sin herir prestigios. Penetrando en el zurcido de las concepciones, para descoserlas y volver a unirlas con hilo rojo.

Se discutía mucho sobre sexualidad y roles. Muchos hombres eran anarquistas y creían que había un modo de serlo, una postura definida, única. Y eso los llevaba, en ocasiones, a prácticas machistas arraigadas. A ser demasiado severos, o directamente conservadores. O por el contrario, a confundir la libertad, con el individualismo impuesto por la sociedad. Sin empatía, ni posibilidad de entablar vínculos profundos. Se problematizaba hasta la ropa que usábamos, por qué ellos tenían zapatos y pantalones e identidades impuestas. Había quienes no encajaban en los estereotipos de hombre o de mujer y luchaban por derribar, también, esas cadenas.

En ocasiones, venían algunas compañeras a charlar sobre el amor, sobre sus propias relaciones y los problemas que tenían en ellas. Resulta que

contaban horrores. Afuera se vivía en un clima de aguantar, de tolerar tormentos, o de ser abusadas de múltiples maneras. Era difícil aconsejar, porque muchas veces la determinación económica y el hecho de que el hombre fuera el que tuviera un sueldo fijo y estable, un trabajo, era un factor clave.

Se puso de moda hablar de la bandera roja en dos sentidos. Por un lado, la bandera roja era la que flameaba en la cima de las barricadas. Pero por el otro lado, hablábamos de banderas rojas como señales de alerta, para tener precaución. Bandera roja si te critica el cuerpo o forma de vestir. Bandera roja sino valida tus emociones. Si habla mal de otras mujeres. Si se muestra celoso de tus éxitos. Bandera roja si hace chistes machistas. Si trata mal. Si no acepta el no. Si utiliza palabras históricamente puestas para menospreciar a las mujeres.

Banderas rojas para situaciones que no hay que normalizar, que no son comunes, ni están bien, ni todos lo hacen.

Vuelvo atrás y estoy junto a él. No soy de él. Pero me siento erotizada, viviendo con el corazón en la boca, a punto de explotar. No es ansiedad. Ni me pone nerviosa. Es deseo, en su más puro esplendor, sin convertir en ninguna otra cosa. La lógica del buen trato, para posibilitar el buen vivir, también en la arena de las relaciones sexuales.

Tenía unos dedos gruesos, terminados en una forma cuadrada, ásperos, muy ásperos, que introducía en mi vagina, cuando estábamos en las situaciones más inesperadas, en el campo, haciendo alguna tarea, yendo o viniendo. No había un plazo para vivir la sexualidad.

Me preguntaba todo el tiempo si podía durar. Si se podía escapar de las leyes de la sociedad oligárquica a nuestro alrededor, que todavía no está derribada. Bastaba un solo momento para que se convirtiera en polvo, el proyecto, las ideas, la unión para un nuevo mundo. Un dolor, directo al corazón,

una herida abierta a causa del machismo, y las posibilidades de supervivencia son nulas.

¿Cuánto podría durar? Antes de que las aberraciones del mundo nos descubrieran. ¿Qué tan pronto podía enterarme yo, de que Magno era en realidad, un enajenado desde el punto de vista de género y que solamente me quise engañar? No quiero tener dramas pasionales, ni resolver un corazón roto.

Alejandra Kollontai fue desplazada y marginada, muchos años después. La comunidad, esa gran Unión Soviética que construyeron a sangre y fuego, se devoró a sus hijos, empalizó a sus hijas y le quitó el aliento hasta el más audaz de los revolucionarios.

Avances y retrocesos, contradicciones. Vivir sin depender. Una realidad que se mueve junto a las ideas, sujetándolas. Podíamos tener una noción de comunidad y relaciones basadas en ella, porque estábamos ad portas de un gran proceso, que vendría a sacudir las mentes y las calles. De alguna

manera, nuestras ideas, antecedían la gran ola que se vendría. No solo en Rusia en 1905 y 1917, sino en el mundo entero, expandiéndose, proyectándose, iluminando como un faro, el oscurantismo en el que se vivía.

Había una base objetiva que posibilitaba las transformaciones. No era producto de nuestra voluntad a secas. Cuando llegó 1903, estalló una huelga en portuarios, que se transformó pronto en un hecho insurreccional. Se probaban nuestras estrategias. La insurrección se oponía a las tácticas de reforma. Queríamos dinamita, era tan sencillo como eso. Decíamos y pensábamos que el próximo paso programático era la dinamita, directamente. Sin intermediarios. Sin pliegos de peticiones ni papeles burocráticos que firmar. Dinamita. Fuego al fuego.

Fue un 13 de mayo, en la ciudad de Valparaíso, la huelga estalló para exigir la disminución de la jornada de trabajo y mejores ingresos y rápidamente generó la solidaridad de los habitantes de los cerros,

que bajaban en caravanas a apoyar contra la represión policial. El gobierno ordenó matar. Hubo por lo menos 50 personas muertas ese día.

Magno, se subió a unos cascotes de cemento en plena avenida, en medio de las barricadas y quemó un ejemplar del periódico “El Mercurio”, que sacaba llamas azules y rojas al viento. Después, todo el edificio de “El Mercurio” estaba en llamas. Nadie sabe cómo. Nadie vio cómo. Así es el fuego, se expande.

Él era mecánico en el ferrocarril, pero había soñado toda su vida con conducir, se podría decir que era un conductor espontáneo. Y lo había logrado. Lo habían contratado para conducir el tren, sin saber que él era anarquista. Le dieron los controles del destino de la ciudad, al mismísimo Magno Espinoza, que tenía entonces el poder de tapar arterias.

Por eso lo mataron, por su poder. No era solo quien repartía “El Rebelde” o “El Ácrata” en la calle San Diego, a las afueras del teatro. Era un peligro tan

grande, que no se contentaron con meterlo preso, sino que además, contaminaron su plato de comida con tuberculosis, para sacarlo del andén, para siempre.

No corresponde, por lo tanto, que su cuerpo sea enterrado aquí, en un cementerio católico, apostólico, romano, bendecido por la Iglesia. Con estas cruces y este olor a cura pedófilo. No corresponde y lo digo sin ningún respeto, que estemos aquí ahora, despidiendo al hombre que marcó a fuego los destinos de su clase, con una enseñanza anti-clerical y anti-hegemónica.

Dejo sentado de precedente, mi más profundo rechazo a este acto, sin más palabras que decir que:

¡Arriba Inmortales!